



Carl E. Schorske,
La Viena de fin de siglo.
Política y cultura.

Buenos Aires
Siglo XXI editores
2011. [1980 (1961)]
378 pp.

Por Virginia P. Forace¹

La Viena de fin de siglo de Carl E. Schorske es un extraordinario estudio de historia cultural que analiza en detalle las transformaciones producidas en las diferentes áreas del quehacer humano (arte, literatura, política, etc.) en el pasaje del siglo XIX al XX, eligiendo como eje de su trabajo un espacio restringido, Viena, pero fértil en innovaciones políticas, sociales y artísticas. La base cultural que se construye en este periodo repercute con fuerza en el siglo XX, tomándola como modelo, base o dogma; por eso, el análisis del autor sobre el fin de siglo se proyecta hacia su propio presente.

Este historiador, profesor emérito de la Universidad de Princeton, intenta comprender y explicar dos fenómenos problemáticos para los estudios culturales que identifica como propios de su siglo: el ahistoricismo, tendencia que exalta la independencia del pasado y que cuestiona la relevancia de la historiografía; y la fragmentariedad: mientras en el siglo XIX existían ciertas categorías descriptivas que permitían trazar un mapa de los cambios de su época (racionalismo, romanticismo, individualismo, socialismo, etc.), en el XX esto ya no es posible: la fragmentación se convierte en la medida usual y cada disciplina proclama su independencia respecto del todo con métodos propios.

¿Qué hacer, se pregunta Schorske, frente al cuestionamiento de la relevancia y los métodos de la historia intelectual y cultural tradicional? ¿Cómo realizar una integración dialéctica del proceso histórico cuando cada disciplina se encierra en su propia especificidad? El autor dedica la introducción de su libro a desentrañar este problema de base para su trabajo y propone que el historiador debe convertirse en un “tejedor” que logre unificar dos líneas de interacción, la sincrónica y la diacrónica; para ubicar su objeto de estudio entre ambas, deberá emular los métodos de los especialistas de cada rama, para luego realizar un análisis comparativo entre ellas.

Solucionado el método, perdura un problema de a-temporalidad: al no poder dar cuenta de la totalidad de las tendencias que mueven el siglo XX, por la fragmentariedad mencionada, habrá que intentar ir más atrás, a los orígenes de estas tendencias a-

¹ CELEHIS – Universidad Nacional de Mar del Plata. Dirección electrónica: virginiaforace@yahoo.com.ar

historicistas. Es así que la Viena de fin de siglo se convierte en el objeto de estudio, pues, única en toda Europa, es el punto central de una serie de innovaciones culturales, sociales, económicas y políticas que rompen el lazo de la perspectiva histórica que había ocupado un lugar central en la cultura liberal decimonónica.

Ambas soluciones –objeto y método- explican la estructura del libro: en cada capítulo el autor encara exploraciones separadas sobre distintas áreas (literatura, planificación urbana, artes plásticas, etc.) utilizando los métodos de cada una de ellas y su elemento cohesionador es la línea sincrónica de la experiencia social. La crisis del sistema de gobierno liberal es el contexto unificador para las diferentes transformaciones culturales que se producen de forma simultánea y que tienen en común el cuestionamiento del sistema de valores del liberalismo clásico. La interacción directa entre política y cultura es la premisa básica que le permite a Schorske construir un “tejido” unificador; como piezas de un rompecabezas, cada capítulo hecha luz sobre una disciplina, pero todos se van conjugando entre sí para producir un brillante y completo estudio sobre la pluralidad del fin de siglo.

La aparente independencia de cada ensayo no disuelve la coherencia que caracteriza el libro; por el contrario, se identifica con claridad la idea global que cohesiona sus partes: el movimiento político que sirve como motor para las diferentes transformaciones culturales es el ascenso de la clase alta burguesa y liberal al poder alrededor de 1860, que desplaza a la aristocracia austríaca, y su posterior caída alrededor de 1890. Este proceso es analizado simultáneamente en todos los capítulos a partir de su relación con diferentes disciplinas.

El capítulo 1, “La política y la psiquis: Schnitzler y Hofmannsthal”, sirve de telón de fondo a toda la serie ya que explica el carácter especial del legado cultural austríaco: una conjugación de la cultura aristocrática –sensual, plástica y católica- con la cultura burguesa –moralista, filosófica y científica. Schorske reivindica a dos escritores emblemáticos, Arthur Schnitzler y Hugo von Hofmannsthal, y explica a partir de sus obras el desplazamiento desde un modelo de hombre racional característico del siglo XIX -quien domina el mundo por medio de la ciencia y la moral- al hombre psicológico del siglo XX, cuyo centro son sus sentimientos y pasiones.

En el ámbito político, la política racional del liberalismo, con el asenso de nuevos sectores populares, deja lugar a un proto-fascismo (analizado en el capítulo 3, “La política en un nuevo registro: un trío austríaco”), de expresión emocional y retórica amenazante. Así ocupan el predominio político el pangermanismo (Goerg von Schönerer), el socialismo cristiano (Karl Lueger) -ambos de un antisemitismo extremo-, y el sionismo (Theodor Herzl). La política se vuelve pasional, violenta, extrema; se expresa en los tumultos y la amenaza.

En el mundo de las ideas, es indudable que ningún otro pensador pudo dejar su huella hasta el presente como Sigmund Freud. Schorske analiza en el capítulo 4 *La interpretación de los sueños* y el devenir del médico hasta alcanzar una posición apolítica y lograr así, sus objetivos académicos. El autor identifica el componente antipolítico en los orígenes del psicoanálisis ya que el descubrimiento de Freud se centraba en la primacía de la experiencia infantil en la determinación de la conducta humana, y no la política.

En este mundo que empieza a resquebrajarse, el arte reacciona simbióticamente. Este proceso se expresa en un cambio de función del arte y el artista que acompaña la transformación desde el predominio político del liberalismo hasta el triunfo de socialismo cristiano de tendencia antisemita. El autor explica la fundación del grupo denominado Secesión, una sociedad de artistas que buscaban romper con la tradición heredada, y cómo sus representantes en diferentes ramas (arquitectura, pintura, etc.) dan cuenta de un

alejamiento del arte realista clásico del liberalismo hacia una exploración de lo pulsional e inconsciente acorde a la crisis del modelo anterior.

El historiador inicia el recorrido de transformaciones artísticas en 1860 y lo analiza en el capítulo 2; Schorske presenta allí parte del modelo frente al cual se rebelan los representantes de la Secesión y estudia la reconstrucción urbana de embellecimiento y desarrollo que emprendió el liberalismo con la edificación de la Ringstrasse. La erudición histórica y el embellecimiento que daba cuenta esta obra como símbolo de un proyecto y de una clase, pronto entró en cuestionamiento. Los nuevos planificadores urbanos de la Secesión (Camilo Sitte y Otto Wagner) fueron sensibles a los estados psíquicos del hombre y rechazan o su regularidad y racionalismo (Sitte), o el enmascaramiento de la modernidad detrás de pantallas estilísticas de la historia (Wagner). La búsqueda de una nueva forma arquitectónica, que reflejara la eficiencia, economía y facilidad que caracterizan al hombre moderno se impuso iniciando el modernismo funcional urbano.

Schorske presenta (capítulo 6, “La transformación del jardín”) la modificación en la función del arte a partir de la imagen del jardín, imagen que le sirve para identificar etapas de evolución de la relación entre cultura y estructura social, entre utopía y realidad. Esta primera etapa del arte como perfeccionamiento social e individual (ingreso a la aristocracia por medio de la asimilación cultural y refinamiento individual), es representada por el jardín ordenado, útil y domesticado: una naturaleza transformada por medio de la cultura (moral, ciencia y arte). Esta unión entre naturaleza y cultura es presentada por la propuesta de la *Bildung* de Adalbert Stifer en literatura.

A partir de 1880, con el inicio de la derrota burguesa, el arte ya no se busca como asimilación, sino como escape a la realidad. Schorske explica que “a medida de que la acción cívica se volvió inútil, el arte se transformó en una religión”. Pronto, las dos funciones del arte (social e individual) se separaron. El arte no era una cultura adquirida, sino una sustancia espiritual. El esteticismo era la marca de la burguesía austríaca.

La caída definitiva del liberalismo se consolida en 1890, inaugurando en el arte lo que Schorske denomina el jardín de narciso: no importa el trabajo de fondo, sólo es relevante en él el estímulo para la sensibilidad (Andrian zu Werbung es un ejemplo analizado). El sentimiento de superioridad de la clase alta va acompañado por un sentimiento de imposibilidad por la pérdida de poder político. Su poder se reduce a su cultura estética y comienza una exploración y destrucción del yo liberal analizado en profundidad en el capítulo 5, a partir del artista plástico Gustav Klimt, fundador del movimiento de art decó. Simultáneamente, los escritores de la Secesión se volcaron contra la tradición moralista (Arthur Schnitzler, Hugo von Hofmannsthal), porque esta no podía dar cuenta de lo pulsional del hombre. Señalaron los peligros del culto a la belleza (Hofmannsthal) e intentaron dotar al arte de una función no ya decorativa, sino expresiva, una puerta de ingreso a lo pasional y pulsional, a lo irracional.

Este proceso culmina en 1890, cuando se instaura una sensibilidad estética secularizada e individualizada. Cuando el espíritu europeo pierde la capacidad de proyectar utopías satisfactorias, surge la necesidad de redefinir la función del artista en la sociedad. El último periodo analizado en el capítulo 7 es “la explosión del jardín”, a partir del artista plástico Oskar Kokoschka y el compositor Arnold Schoenberg. Ambos iniciaron un proceso de liberación y destrucción de la cultura estética en la que se formaron, rechazando el arte como maquillaje cultural que ocultaba la naturaleza de la realidad. Las perturbadoras verdades pulsionales y psicológicas que sus antecesores sólo habían expresado mediante alegorías, ingresan con la fuerzan del expresionismo del primero y de la atonalidad y dodecafonismo del segundo. El camino de transformación política y cultural se consuma en

la búsqueda de un nuevo lenguaje artístico, que da cuenta del mundo fragmentado, subjetivo e inestable del siglo XX.

La reedición de *La Viena de fin de siglo* de Carl Schorske es un acierto inestimable para los lectores, ya que estaba fuera de circulación desde la década del 1990 cuando fue publicado en español. Su brillante ensayo no sólo es apreciable por la calidad de su análisis, cuya cuidadosa presentación estudia los artistas seleccionados desde la perspectiva de sus propios campos de saber (son sumamente interesantes el capítulo 2 sobre urbanismo y el 5 sobre Klimt), sino por su capacidad para dotar a su escritura del tiempo preciso de un narrador experimentado: la aceleración del tiempo corre a la par de las perturbaciones políticas en el capítulo 3, dejando lugar a cierta morosidad narrativa y complacencia en la descripción y análisis de las obras plásticas (capítulo 5, por ejemplo). El libro completa su análisis, además, con una excelente selección de ejemplos gráficos, fotografías, láminas e ilustraciones que acercan y detienen al lector en imágenes que cristalizan el análisis y deleitan el gusto.